



PARROQUIA Ntra. Sra. DEL PILAR AGUSTINOS

Colón 1839 / 2000 Rosario
tel. 482 02 46
www.elpilar.sanagustin.org

APORTES PARA UNA ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA

Una verdad de perogrullo: “**Nadie da lo que no tiene**”. Y otra afirmación que no podemos por menos de tener siempre presente y que está en todos los documentos de la Iglesia y en San Pablo mismo: “**La misión de la Iglesia es la evangelización**”. La Iglesia está para evangelizar. “Evangelizar –escribe Pablo VI- es la gracia y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda”. Tiene su razón de ser en tanto en cuanto anuncia y proclama la verdad y la salvación que se encuentran en Jesús, Dios y Hombre. Él es la Buena y Definitiva Noticia de Dios para los hombres. Pero, para anunciar he de conocer y para conocer he de buscar, preguntar, escuchar, leer, meditar, compartir. Y entonces sí, damos de lo que tenemos: “De la abundancia del corazón habla la boca”, escuchamos en el sabio veterotestamentario.

1. Nos ubicamos.

En **nuestro bautismo** somos llamados y convocados a responder a nuestro Padre Dios que nos ha convocado en su Iglesia y ser instrumentos de su paz y de su amor en el mundo. **Nos ha convocado en la Iglesia, en la comunidad de los bautizados**: “un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos y de todo”. Vivir la fe, crecer en esa fe, madurar esa fe, hacerla propia y personal, compartir esa fe, alimentar esa fe, fortalecer esa fe, transmitir esa fe: la tarea del bautizado. Tarea que realiza y que vive en, con y para los demás.

Ahora bien, **nuestra fe la vivimos en un contexto**, en una realidad social y cultural, económica y política. Vivimos en un lugar determinado y con unas características determinadas y concretas que hacen a nuestra identidad. Nuestra nación, nuestro pueblo, nuestra localía más particular. Y desde la fe, podríamos decir: Iglesia universal, Iglesia Nacional –sin volver para nada a los conceptos sobre las iglesias nacionales del siglo XVIII y XIX-, Iglesia Diocesana e Iglesia Parroquial. Es nuestra ubicación. En todas vive, expresa, comparte, celebra la fe la única Iglesia de Jesucristo.

De ahí la importancia de **conocer y conocernos**, saber dónde estamos y partir de nuestra realidad porque es desde esa realidad y a los hombres y mujeres que viven esa realidad a quienes hemos de transmitir la novedad del Evangelio, la Buena Nueva de Jesucristo, Dios y Hombre.

No cabe duda que no somos islas. La Iglesia si tiene una cualidad es que no es una isla, no es la Iglesia de Roma, por poner un ejemplo, la que decide siempre y para todos. La Iglesia es Una que vive en Roma, Argentina, ... Y esa Iglesia tiene su concreción en un determinado territorio de la nación, que es la diócesis, dirigida por el pastor, el obispo, como sucesor de los apóstoles y que nos mantiene en la unidad. Pero el obispo no puede llegar a todos y cada uno de los fieles ni de los lugares de su ámbito territorial. Por eso, la diócesis se divide en parroquias, esos territorios

más pequeños, al frente de los cuales está el párroco como aquel que une, dinamiza y anima la vida de esa comunidad.

Por eso, como que hay **tres tareas importantes**. Una: **conocer la Iglesia**, sus documentos, esas líneas que marcan la vida de todos los bautizados en los diferentes lugares del mundo y que nos hace vivir la unidad, la santidad, la apostolicidad y la catolicidad de la única Iglesia de Jesucristo.

Conocer, también, los documentos, la dinámica que surge de la propia **Iglesia nacional**, que se expresa a través de la **Conferencia Episcopal**. Y, por fin, la **Diócesis**, el territorio donde el obispo es quien pastorea y anima la vida de esa comunidad en unión con la Iglesia Nacional y la Iglesia Universal. Y, dentro de ese territorio, la Parroquia.

Parroquia que tiene una vida propia que está marcada sí, por las influencias que nos vienen del contexto que nos toca vivir en el aquí y ahora del mundo y de la historia, pero que también tiene su propia realidad e idiosincrasia: su ubicación, su historia, su realidad socio-cultural-económica. Es lo que va definiendo y dando entidad a cada parroquia. Con un salvedad y no menos importante y digna de tener presente: el carácter propio que tiene como Parroquia: no es igual una Parroquia en un lugar obrero que en uno ciudadano, ni en el centro que en la periferia. Y tampoco es igual una **Parroquia del clero secular que una del clero regular**. Y es desde aquí desde donde hemos de buscar la **propia identidad** de la Parroquia, como servicio a la Iglesia de Jesucristo desde una espiritualidad concreta.

2. Esbozos de una espiritualidad agustiniana.

“Señor, que yo te busque. Que buscándote, te encuentre, Y encontrándote, te siga buscando”.

Antes de nada es conveniente hacer algunas aclaraciones o puntualizaciones y evitar conceptos y posturas que no responden a lo que se pretende.

En primer lugar, cuando hablamos de espiritualidad no estamos hablando sólo de una relación con Dios muy especial, donde hemos de buscar lugar y tiempos adecuados.

Tampoco, cuando hablamos de espiritualidad, estamos hablando de lo contrario y opuesto a lo material. Al fin y al cabo lo espiritual se expresa a través de lo material.

Ni al hablar de espiritualidad estamos hablando sólo de unas prácticas especiales y alejadas del contexto de la vida.

Ni siquiera es hablar todo el tiempo de Dios, tener una sonrisa continua y cuántas veces forzada. No hemos de olvidar, para no caer en un maniqueísmo absurdo, que "lo espiritual es lo bueno y lo material lo malo".

La espiritualidad se da, se vive, se expresa, se hace carne y sangre en la vida, dando sentido y orientación a la vida, iluminándola y fortaleciéndola. Y si esto es cierto, lo es mucho más en S. Agustín, donde toda su concepción del hombre, del mundo y de Dios viene dado y señalado por su propia vida, por su propia experiencia. Eso sí, en clave de fe. Y ojalá nosotros fuéramos también capaces de **ver y analizar nuestra vida en clave de fe**. Y nos daremos cuenta que la fe tiene sentido porque es vida, es vivida en la realidad de cada día, en los acontecimientos que nos toca vivir y por eso, transcendemos nuestra vida, nuestro instante y momento y lo hacemos "eterno" -"éxtasis de Ostia".

Hablar de la espiritualidad evidentemente es hablar de Dios. Pero no de un Dios en sí mismo considerado, no de un Dios alejado de la vida de los hombres. no de un Dios fuera de la historia. Es hablar **del Dios vivo**, del Dios presente en la vida de los hombres, del Dios que camina junto al hombre y hace historia con él. Nos lo dice magistralmente San Agustín en los Soliloquios: “Dios. de quien separarse es morir, a quien retornar es resucitar, con quien habitar es vivir. Dios. de quien huir es caer, a quien volver es levantarse. en quien apoyarse es estar seguro. Dios, a quien olvidar es perecer, a quien buscar es vivir, a quien ver es poseer. Dios, a quien la fe nos

urge, la esperanza nos acerca y la caridad nos une

No sólo hablar de Dios cercano al hombre, sino **del Dios revelado en Jesucristo**. “Sabiduría del Padre”, “Dios con nosotros para que nosotros seamos dioses con El”. Jesús. rostro de Dios, camino, verdad y vida. Jesús, que vino a hacer la voluntad del Padre y mostramos el camino para llegar a Dios, a la felicidad, “porque la búsqueda de Dios es la búsqueda de la felicidad y el encuentro con Dios es la felicidad misma”.

Hablar de Dios es hablar del hombre. “Dios es más íntimo que las propias intimidades”. Somos templos de Dios. No es sólo el espíritu, es nuestro ser, nuestra persona quien revela, encuentra, busca, contempla, manifiesta la belleza, la bondad, la misericordia, el amor, la verdad, la inteligencia, la luz de Dios.

Finalmente, hablar de Dios es hablar de la naturaleza, de la creación, “La hermosura del universo es como un gran libro: contempla, examina, lee lo que hay arriba y abajo. No hizo Dios, para que le conocieras, letras de tinta, sino que puso ante tus ojos a las criaturas. ¿A qué buscas testimonio más elocuente? El cielo y la tierra te están gritando: somos hechura de Dios”.

A Dios, pues, le encontramos en la contemplación de la creación, del hombre y de Cristo. Dios se nos revela, se nos manifiesta en sus criaturas.

Y lo que es importante, **se nos manifiesta en nosotros mismos**, en nuestro interior, en el ser humano como tal, en la vida de cada día. en los acontecimientos, en lo que nos rodea, en quienes nos acompañan. No se nos manifiesta sólo en nuestro espíritu. Es en nuestra persona, como un todo, como globalidad. La espiritualidad no es sólo el espíritu, no es sólo quedamos en unas realidades que están por encima del ser humano o que son tan importantes que las realidades materiales quedan tan empequeñecidas que poco menos que son malas. Es el maniqueísmo.

Espiritualidad como la **forma de entender nuestra vida** desde la fe, entender nuestras actividades y nuestras relaciones. Y, más en concreto, entender nuestra vida en la Parroquia desde **una óptica** determinada, con **un matiz** concreto significativo, desde **un talante** diferente. Es algo que nos identifica, que nos hace diferentes a otros y que contribuye a la gran riqueza de la Iglesia de Jesucristo. Es lo que invade a todo, lo que impregna, lo transversal a la vida, al ser, a las actividades, a las relaciones.

3. Dos desafíos generales y un deseo.

Sin intentar profundizar mucho, más bien como enunciado, pues sería preciso una profundización mayor en otro momento, recalcar los **dos grandes desafíos** que si bien han estado siempre presentes en la Iglesia, como que desde la **Novo Milenio Ineunte** y la posterior **Christifidelis Laici**, junto con el hermoso documento de los pastores argentinos de **Navega Mar Adentro**, son la **espiritualidad de comunión** –la Iglesia, casa y escuela de comunión, como se dice en las **Orientaciones pastorales del año 2008 de la Arquidiócesis de Rosario**- y el **anuncio de Jesucristo**, salvador del hombre.

“**Hacer de la Iglesia casa y escuela de comunión**” es el gran desafío que tenemos en este milenio que estamos comenzando, se nos dice en la Novo Milenio Ineunte. ¿Cómo sería esta espiritualidad de comunión? Que donde se educa y forma al hombre y al cristiano prime esta espiritualidad: una mirada al corazón del hombre donde habita el misterio de la Trinidad. Es la **capacidad** de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico de Cristo: compartir alegrías y sufrimientos, intuir sus deseos y atender sus necesidades y ofrecerle una verdadera y auténtica amistad. Es la capacidad de ver lo positivo que hay en el otro para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios. **Es saber dar espacios al hermano**, rechazando las tentaciones egoístas que nos acechan y engendran competitividad, desconfianza y envidias. Espiritualidad de

comunión que **nace y se nutre en la Eucaristía** y se **expresa en la caridad** y se comienza a vivir desde la propia familia. Todo un camino para vivir y hacer en nuestras parroquias. **En definitiva**, abrir espacios de encuentro, reflexión y fiesta, generar un ambiente acogedor y cálido donde los bautizados puedan vivir los diversos carismas desde la caridad, la verdad y la unidad en la diversidad.

Junto a esto, el anuncio de Jesucristo y, como diría San Pablo, y a este muerto y resucitado, como el centro de la vida del hombre. **Es el ardor misionero. “Discípulos y misioneros”**, como nos dice Aparecida. **Lo que hemos visto y oído** es lo que transmitimos a quienes quieran oírlo. Contemplar el misterio de Dios revelado y manifestado en Jesucristo. Llamados a transformarnos en Cristo, en su persona y en su mensaje, viviendo sus exigencias de justicia y fraternidad, su ejemplo de pobreza y humildad y su testimonio de entrega por todos los hombres. Cristo, rostro humano de Dios y rostro divino del hombre, Buena Noticia para los hombres y mujeres de este nuevo milenio y de siempre. Es prolongar sus actitudes y su vida, desde nuestro bautismo hasta la resurrección. Es la Nueva Evangelización que nos debe conducir al encuentro con la eterna novedad, siempre antigua y siempre nueva, de Jesucristo vivo y alcanzar en Él la vida eterna.

Y un deseo que podríamos desdoblar en dos partes: participación e invitación a otros. Participación en la vida de la Iglesia, de la Parroquia, en los grupos y comunidades, repuntando las comunidades de base, donde se vive, se comparte, se reza, se celebra, se expresa, se sufre con los otros en la presencia siempre viva y actual del Dios de la vida. En la Parroquia, laicos y sacerdotes, unidos, complementarios buscando juntos hacer presente el Reino de Dios.

En este sentido, es bueno colocar acá unas **declaraciones del papa Benedicto XVI** en la beatificación del cardenal Newman, citando un texto del mismo cardenal: “Quiero un laicado que no sea arrogante ni imprudente a la hora de hablar, ni alborotador, sino hombres que conozcan bien su religión, que profundicen en ella, que sepan bien dónde están, que sepan qué tienen y qué no tienen, que conozcan su credo a tal punto que puedan dar cuentas de él, que conozcan tan bien la historia que puedan defenderla”.

Y junto al deseo de potenciar la participación en la vida de la Parroquia, desde un diálogo cada vez más honesto, directo, dialogante y comprometido entre sacerdotes y laicos, está la tarea misionera, la tarea de invitar a compartir la fe, bien en las celebraciones, bien en las diversas comunidades parroquiales, bien en reuniones más amplias.

4. Desde la pastoral vicarial.

Este año hemos esbozado –así lo hemos denominado y así ha sido aprobado por el Capítulo nuestro Ordinario de Setiembre- un Plan de Pastoral o algo que se aproxima a un Plan de Pastoral, como unas líneas que nos vayan ayudando en nuestras actividades educativas y parroquiales.

Su formulación reza así: **“Continuar nuestra misión evangelizadora potenciando estas tres dimensiones de la espiritualidad agustiniana: interioridad, comunidad y servicio a la Iglesia”**.

Tres dimensiones que hacen a la vida y esencia de lo agustiniano, de la espiritualidad agustiniana: interioridad, comunidad, servicio a la Iglesia.

a) La interioridad.

También decía el papa citando al cardenal Newman en una frase muy agustiniana: **“Hablar al corazón desde el corazón”**. Pero daría la impresión que nos hemos

olvidado tanto del corazón de uno como del de los otros y, claro, vivimos hacia fuera, donde todo es dispersión y nada permanece. Vivimos sujetos a las modas. Andamos “alienados”, en frase agustiniana, viviendo de lo ajeno. Es el corazón el lugar de los grandes encuentros. Es desde donde dejamos de ser anónimos, sin curiosidad, sin misterio. La interioridad es el lugar de las grandes preguntas y de las certezas.. Pero la interioridad no como huida, sino como raíz de la propia vida, la casa de la verdad, el espacio para la escucha del maestro interior y el reconocimiento de la verdad que cada uno lleva impresa en sí mismo. “El corazón sólo se abre desde dentro”, es nuestro santuario, nuestro “sancta sanctorum”, nuestro lugar más nuestro. Por eso, cuidarlo, no olvidarse de él, volver de vez en cuando al corazón, no olvidarnos de que existe, tomar de vez en cuando distancia del trabajo y de las actividades y volver a nuestro interior, a nuestra profundidad, a nuestro interior, a nuestro corazón. No aparentar, ni tener, ni producir. Ser. Y sólo se es en el corazón. “No salgas fuera. Entra en tu interior. Porque en el interior radica la verdad”.

Buscar caminos que nos ayuden en nuestra interioridad. La oración, la reflexión, el encuentro sosegado y tranquilo, el intercambio apacible, el escucharnos, el intentar trascendernos. Las pequeñas comunidades, los grupos de reflexión, de oración, de escucha de la Palabra, ...

b) La comunidad.

“Ay del solo, que si cae, ¿quién le levantará?”, nos dice el sabio veterotestamentario. Estamos en la época de los individualismos, de los subjetivismos, de las libertades individuales. **Es la idolización tanto del individuo como de las libertades.** No se escucha apenas la palabra “deber” o deberes, o responsabilidades y las responsabilidades siempre hacen relación a los demás, o al menos muchas veces. “Y una libertad sin tino, más que libres, hace libertinos”, dice San Agustín.

De ahí la necesidad de la comunidad, del grupo, de la apertura a los demás, de la necesidad de los otros y del Otro. Solos, nos perdemos, caemos en la depresión, vivimos como constreñidos, tristes, abatidos, sin mañana. Resuena con fuerza la afirmación del salmista: “Ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos”. Siguen siendo un llamado de atención para el hombre que, cada vez con más facilidad, se pierde en el laberinto de sus soledades, de sus solitarias. Y no digamos si nos metemos en ese mundo sin rostro ni corazón ni sentimientos sin tiempo que es la computadora. Nos vuelve sobre nosotros y hace que contemplemos nuestro ombligo. Palabras como fraternidad, comunidad, eclesialidad, amistad ... como que están perdiendo su vertiente más personal y humana.

La comunidad, la amistad, la fraternidad, la eclesialidad son palabras y realidades muy queridas para San Agustín y presentes, de una u otra forma, en su vida. En toda su vida. Y hay un texto que sin duda conocemos pero que es un resumen hermoso y acabado de aquello que podemos compartir y que se nos relata en las Confesiones: “Otras cosas había en mis amigos que con incentivo mayor cautivaban el ánimo. Tales eran el conversar y reír juntos, obsequiarnos a porfía con benevolencias mutuas, leer en común libros de apacible entretenimiento, hacernos bromas y honras recíprocas, disentir algunas veces sin odios ni querellas -como disiente un hombre consigo mismo- y con aquella rarísima disensión, sazonar las muchísimas conformidades y aprender de ellos, sentir la impaciente soledad de los ausentes y recibirlos, al volver, con vítores y alegrías. Con estas señales y otras semejantes, que proceden del corazón de los que aman y son amados en correspondencia, señales que se manifiestan por el rostro, por la boca, por los ojos y por otras mil demostraciones gratisimas, se funden las almas, y de muchas se hace una sola”.

Dos columnas ha de tener la comunidad. La primera, **el amor, la caridad**. Ese amor que nos viene de Dios, que Dios ha puesto en nuestros corazones. Ese amor que es llamada y encuentro, diálogo y escucha, apertura y sencillez. Ese amor que es compartir, partir con, ambos dan, “dan recibiendo y reciben dando”. Es el “amar y ser amado”. “Pon amor en las cosas y las cosas tendrán sentido. Retíralas el amor, y carecerán de él”. Y es que del amor sólo puede surgir el bien, la verdad, la paz, la alegría, la esperanza.

Y el otro pilar de la comunidad es la **unidad**. No la uniformidad ni la unilateralidad. “La verdadera unidad se crea y se refuerza y se protege por la comunión en el amor”. “Porque donde hay unidad, hay comunidad. Donde no hay comunidad, hay una turbamulta, una multitud turbada”.

Sin duda que la unidad -la comunión, objetivo de nuestro plan de pastoral: la espiritualidad de comunión- no es fácil. Y una de las muchas razones que hay es que nos cuesta aceptarnos a nosotros mismos, con nuestras luces y sombras, con nuestras cualidades y nuestras fallas, con nuestras virtudes y nuestros defectos. Al mismo tiempo, y quizás por eso mismo, nos cuesta aceptar a los demás, como son, para que sean lo que deben ser, no como nosotros quisiéramos que fueran, “En una orquesta hay muchos instrumentos diferentes. Pero todos están tan cuidadosamente afinados y atonados que la audiencia oye sólo una melodía. Este ha de ser nuestro ideal: **ser una orquesta para el Señor**”. No sólo para el Señor, sino también para quienes nos ven, para quienes están cerca de nosotros. Ser una orquesta. tocando cada uno su instrumento para que la melodía sea escuchada diáfana y completa, sin notas discordantes ni desafinadas.

Sólo la unidad da credibilidad. “Padre, que todos sean Uno”. Es la gran oración de Jesús al Padre poco antes de vivir su Pascua. Ha de ser también nuestra gran oración. Pero ha de ser, asimismo, nuestro gran compromiso en nuestras parroquias: cómo vivir la unidad, cómo ser testigos de unidad. Claro que para vivir la unidad hemos de apostar por la verdad, por el bien. Sin olvidar cuántas veces hemos de aprender a callar, a esperar, a confiar y, porqué no, a perdonar y recomenzar siempre, porque siempre estamos en camino y lo nuestro es caminar y caminar juntos. Y para esto, cuántas veces tendremos que saber esperararnos los unos a los otros y no enojarnos cuando hay otros que caminan más despacio.

Desarrollar en nuestras parroquias y colegios la espiritualidad de comunión, la comunidad, los espacios donde podamos encontrarnos, conversar, leer, rezar, celebrar, compartir, dialogar, ...

Sin olvidar que un criterio en la comunidad es **anteponer los bienes – intereses comunes a los propios**.

La comunidad presupone que cada persona es ella misma, mantiene su identidad e idiosincrasia, es ella misma y, desde su originalidad, vive el proyecto común. En la comunidad no se disuelve la persona ni la comunidad deberá ahogar a la persona ni, asimismo, la persona deberá imponerse a la comunidad. De ahí que la gran razón para crear lazos y vínculos interpersonales agustinianos es “tener un alma sola y un solo corazón orientados hacia Dios”. En otras palabras, los dos pilares de los que hablamos arriba: el amor y la unidad.

c) El servicio a la Iglesia.

Sabemos que, una vez convertido, el ideal de San Agustín era vivir con los hermanos, retirado del “mundanal ruido”, dedicados a la oración, al estudio y a compartir los dones que iban recibiendo de Dios. Y de hecho, fue de Tagaste a Cartago –dado que tenía

obispo- para intentar convencer a alguien para que compartiera la comunidad donde esta Agustín.

Pero, **“el hombre propone y Dios dispone”**. Ante la necesidad de la Iglesia, ante la urgencia del servicio a la Iglesia, Agustín pospone, deja su ideal y acepta ser vicario del obispo Valerio y luego, ser su sucesor, aunque esto no entraba dentro de sus planes.

El servicio a la Iglesia. Desde nuestro bautismo.

Es el concepto de Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo de la que nos habla San Pablo y luego retoma el Concilio y los distintos documentos de la Iglesia. Y también la Iglesia como Pueblo de Dios. **Muchos carismas, muchos dones. Un mismo Dios** y Padre de todos. Un sola fe. Un único bautismo. Carismas, dones al servicio de los demás. Se nos dan para darlos. Tienen sentido en ejercicio. Son los talentos de cada uno. Es la luz que no se puede poner debajo de la mesa. Ha de alumbrar a los demás.

Y hoy hay una **gran necesidad de alumbrar las realidades temporales**, todas y comenzando por las más elementales: familia, vida. Y luego, los otros: el trabajo, la cultura, la política, la economía, los sindicatos, los medios de comunicación.

¿Cómo exponemos nuestra fe? ¿Cómo llegar a otros con nuestra fe? ¿Cómo ser en nuestro mundo testigos de la Buena Noticia de Jesucristo? ¿Cómo transparentar, traslucir los valores humanos y evangélicos? ¿Cómo luchar contra el relativismo moral, el indiferentismo, el individualismo y subjetivismo, el laicismo y el secularismo?

Retos y desafíos que se nos plantean en nuestras parroquias y como bautizados. **No podemos soslayar ni las preguntas ni los compromisos desde nuestras realidades.**

De ahí la importancia de “alimentarse”, de “beber” en las fuentes que puedan aplacar nuestra sed y, a su vez, nos puedan mover a llevar esa agua a los corazones sedientos.

Hemos recibido la Verdad y no podemos quedarnos con ella. Desde y con la comunidad hemos de encontrar las fuerzas para ser luz.

Dos pilares en los que se edifica este ser Iglesia y servir a la Iglesia: el anuncio del Evangelio y la Eucaristía.

5. En el horizonte.

En el Capítulo Ordinario del 2006 se comenzó en nuestro vicariato la andadura del EDEPLA. Antes se habían celebrado encuentros de laicos y encuentros de formación laical. Hemos ido dando pasos, caminando y, como todo camino, se va haciendo, no está hecho. Y por eso mismo, ha habido encuentros y desencuentros, “tiras y aflojas”, marchas y contramarchas, buenos momentos y momentos no tan halagüeños. Ha habido veces que se ha avanzado con un poco más de agilidad y otras con menos. Pero han sido nuestras respuestas, las nuestras las que hemos dado.

Creo que en estos cuatro años se han dado pasos en la línea que se inició en el Capítulo anterior. Surgió el EDEPLA: Equipo DE Laicos Agustonianos. Todo un reto, un desafío y algo a construir, no hecho. Y empezó su camino. Camino que no siempre ha sido fácil ni cómodo. Las dificultades han sido muchas y variadas. No es fácil, de entrada, poner algo en camino y más cuando es no sólo para una comunidad sino para un grupo de comunidades distantes no sólo en el espacio, también en sus realidades. Tomar conciencia de una nueva realidad que compromete a todos –laicos y sacerdotes- no es precisamente tarea sencilla. Y no hemos de olvidar las realidades de cada comunidad, que está inserta en una situación socio-cultural-económica concreta. Tampoco hemos de olvidar que estamos asistiendo a un ritmo social demasiado rápido y como que no nos da tiempos para el descanso, para la tranquilidad, para la reflexión. Y no digamos para Dios. En lugar de animarnos, como que muchas veces buscamos los caminos que nos hacen más pesado nuestro compromiso.

En este Capítulo de Setiembre, se aprobó una propuesta que dice: “Continuar con el Equipo de Laicos, llamado EDEPLA, potenciando el diálogo, comunicación, colaboración y coparticipación entre laicos encargados, comunidades locales y religiosas”.

Es nuestro compromiso y nuestra tarea. Seguir dando pasos en la participación y colaboración en nuestras parroquias. Animar nuestras comunidades y grupos e imbuirlas siempre del talante, espíritu, soplo, huella agustiniana.

Para finalizar, **unas líneas sobre el EDEPLA**, sin perjuicio de que haya que continuar reflexionando sobre su realidad, su contenido, su ubicación en la Parroquia, su sentido y su razón de ser.

De entrada, el EDEPLA es un grupo formado por representantes de nuestras comunidades, de cada una de ellas. Puede ser uno o varios. Con una rotación periódica. Y que habrán de buscar las formas de poderse reunir algunas veces en el año, más allá de las distancias y los trabajos, o teniendo en cuenta precisamente las distancias y los trabajos.

Habrán que seguir reflexionando sobre el representante del EDEPLA en cada comunidad. Y como líneas que pueden servir de ayuda, tener presente que sea alguien de los grupos, comprometido con la Parroquia y lo Agustiniiano, que, a poder ser, integre el Consejo Pastoral o Parroquial, que ayude al Párroco y a los sacerdotes y trabaje cerca de ellos y que sea, siempre, alguien que aglutine, une, anime, mueva, invite, sugiera, apoye. Y alguien que escuche y esté atento a las sugerencias, necesidades e inquietudes de la Comunidad Parroquial.

ORACIÓN DE SAN AGUSTÍN

Señor, Tú me diste el que te encontrara y el ánimo para seguir buscándote, no me abandones al cansancio ni a la desesperanza. Hazme buscarte siempre. y cada vez con más ardor. Y dame fuerzas para adelantar en tu búsqueda.

Ante Ti pongo mi fortaleza y. con ella, mi debilidad. Acreciéntame la primera y cúrame la segunda.

Ante Ti pongo mi ciencia y, con ella. mi ignorancia. Allí donde me abriste. recíbeme, pues estoy entrando. Allí donde me cerraste. ábreme. pues estoy llamando.

Que me acuerde de ti, que te comprenda. que te ame.

Aumenta en mí tus favores hasta que totalmente me reforme en Ti.

Señor, cumple en nosotros lo que prometiste. Lleva a feliz término lo que comenzaste. Cuida de los dones que nos diste y acrece en tu campo la simiente que plantaste.

Señor, que en la diversidad de opiniones tu verdad haga nacer la concordia. Que tu comprensión nos acompañe para que, al usar de la ley, lo hagamos legítimamente, es decir, por pura caridad.

BIBLIOGRAFÍA

“**En camino con San Agustín**”. Fraternidades agustinianas seculares.

“**Christifideles laici**”. Exhortación Apostólica postsinodal sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo.

“**Navega Mar Adentro**”. Conferencia Episcopal Argentina.

“**Novo Milenio Ineunte**”. Carta Apostólica al episcopado, al clero y a los fieles al concluir el gran jubileo del año 2000.

“Orientaciones Pastorales Arquidiocesanas”. Año 2008 – 2009. Arzobispado de Rosario.

“Hablamos de la espiritualidad de San Agustín”. Santiago M. Insunza, osa. En colección “Creer y crecer”, de la FAE, n° 24.

“Comunidad y fraternidad”. Carlos Morán Fernández, osa. En “Cuadernos de Espiritualidad Agustiniana”, FAE, n° 11.

Documento de **Aparecida**.

P. Pablo Sánchez, osa

NOTA:

Texto de la Conferencia que se impartió con motivo del ELA (Encuentro de Laicos Agustinianos del Vicariato de Argentina y Uruguay) “San Alonso de Orozco) en Pilar el día 24 de setiembre.